

CAPITULO X.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de los moribundos.

FELIZ en el momento de la muerte el cristiano que se ha esforzado en caminar animosamente toda su vida por el camino de la virtud; pues cuando llega su última hora, recoge los frutos de su larga perseverancia.

Muerto al mundo y á sus pompas largo tiempo ha, no siente ya nada en él que le una aún y le retenga en este valle de tinieblas y de lágrimas. Si mira hacia atrás, encuentra por todas partes el recuerdo de las buenas obras cumplidas, y que ha mandado al cielo antes que él. Si ve hacia adelante, en ese porvenir cuya aproximación aterroriza al pecador, no ve sino las imágenes gloriosas de la felicidad que Dios prepara en la Patria á los que se han esforzado en servirle sobre la tierra. Los ángeles buenos vienen en multitud á asistirle en ese último combate que debe afirmarle para siempre en la gracia; y las santas inspiraciones, descendiendo sobre el alma del moribundo como un suave rocío, hacen germinar en él esos pensamientos generosos y esos piadosos afectos, que derra-

man en las últimas horas de los santos una paz y una claridad imposibles de describir.

Mas si somos incapaces de manifestar la suavidad que Dios derrama en los últimos momentos del justo, como un gusto anticipado de las felicidades eternas; ¿cómo podríamos referir dignamente, la bienaventurada muerte de Señor San José, esa muerte sin igual que Jesucristo y María santificaron por su amable presencia, y enriquecieron con los favores mas escogidos?

La Venerable Sor María de Ágrega, en su *Vida de la Santísima Virgen María*, refiere, cómo los últimos años que precedieron á la muerte del glorioso Patriarca, estuvieron llenos de penosas enfermedades que le obligaron á interrumpir su trabajo, teniéndole clavado en una cama de dolores. (1) Su relación no tiene nada ciertamente que deba sorprendernos: ¿no sabemos que el dulcísimo Jesús no tiene favor mas precioso que el don de sus sufrimientos? ¿No sabemos que marca con la señal de su cruz á todos los que ama; y que

(1) Mística ciudad, 2ª part., lib. V, cap. XIV y XV. Estos dos capítulos refieren con admirable piedad y con unción inimitable, las enfermedades y la muerte de Señor San José, que la Venerable hermana pone en el vigésimo sétimo año de Jesucristo.

se complace en hacerlos avanzar á grandes pasos en los caminos que Él mismo ha recorrido para la salvación de todos los hombres? No podía sin duda, dejar de asociar al mérito de sus dolores, á aquel que amaba tan tiernamente. Debía, pues, recompensar por este don precioso del dolor soportado animosamente, todos los servicios que había recibido durante tan largo tiempo, de Señor San José.

Por lo demás, en medio de estas grandes penas que pusieron el último sello á sus méritos, y que perfeccionaron aun la pureza de su cuerpo y de su alma, no faltaron al santo anciano alivios y consuelos, puesto que tenía á su lado á Jesucristo con María. Los dos se sucedían á la cabecera del lecho donde sufría su Esposo y su padre. Los dos se hacían una verdadera felicidad en aliviarle en sus enfermedades con el producto de su trabajo. Los dos adormecían sus grandes sufrimientos por los cuidados que le prodigaban; y mas de una vez quizá, desaparecía el dolor milagrosamente al contacto de sus manos benditas, cuando era conveniente que el enfermo viese interrumpirse por un poco de tiempo sus penas. Los dos juntaban á los cuidados del cuerpo esos consuelos mas suaves, que derraman hasta el fondo del alma una dulzura

maravillosa, y que dan la fuerza necesaria para conservar siempre la paciencia y la santa resignación.

Así las almas que toman á Señor San José por Protector y Patrón, no siempre se ven libertadas de esos tormentos que preceden ordinariamente en nosotros á nuestra última disolución. En efecto, ¿por qué este gran Santo había de privar á sus clientes de la gloria preciosa que se merecen en esas penosas angustias, entre las cuales sus pecados acaban de borrarse por una expiación saludable, libremente aceptada por obediencia y por amor? ¿Por qué el fiel imitador de Jesucristo querría conducir al cielo á sus devotos siervos por un camino que el Salvador no nos ha mostrado, por el camino del goce y de todas las felicidades terrenas?

Mas si José aflige á los que ama, á fin de purificarlos como el oro en el crisol, tiene cuidado de cambiar para ellos en verdaderas bendiciones todas estas duras pruebas. Él está siempre presente vigilando nuestro valor á fin de no imponernos unos dolores que excederían la generosidad de nuestras almas, á fin de templar el sufrimiento según el grado de vigor y de ánimo que descubre en nuestros corazones. Él obra también secretamente

dentro de nosotros mismos para aumentar los auxilios espirituales que nos excitan á combatir bien en esas luchas difíciles en que la gracia triunfa en medio del aniquilamiento de las fuerzas corporales; y muchas veces hace descender con él, para endulzar y encantar nuestras penas, á la *Consoladora de los afligidos* á la *Salud de los enfermos*, á la piadosa María; y al Salvador de todos nuestros males, Jesucristo nuestro Señor.

Finalmente, tan luego como fué llegada la hora marcada por la Divina Providencia; cuando estuvo llena la medida de los méritos y de las virtudes; llegó para José el tiempo de dejar la dulce casa de Nazaret, en donde la presencia de María y de Jesús lo había llenado de gracias maravillosas durante largo tiempo. Vió Dios que las virtudes del ilustre Patriarca estaban como una mies madura, pronta para ser cortada por la hoz; y resolvió encerrar sin dilación en sus graneros este grano precioso que su gracia había hecho madurar.

José había sido todos los días de su vida, como un siervo fiel, siempre pronto á olvidarse á sí mismo por el servicio de su Señor. Es verdad que los privilegios que había recibido formaban un rico principio de recompensa;

mas las liberalidades del Altísimo son infinitas; ya en fin, era tiempo que el salario fuese liquidado, que la deuda fuese pagada con usura, y que el dichoso José *entrarse en el gozo de su Señor*.

¡Oh! qué paz tan fuerte y tan suave! qué alegría tan celestial se derramaron entonces en el corazón de Señor San José, para inundar desde allí todas las potencias de su alma; derramando sobre sus labios y su frente el último rayo de su claridad inefable! Nada hay tan bello como la tarde de un día sereno; cuando ya apaciguado el calor deja en la campiña y en el cielo una tranquilidad profunda; cuando las flores se abren y entregan á la brisa los perfumes de su corola; y el hombre, libre ya de sus ocupaciones de cada día; descansa pacíficamente en la oración. Nada hay tan bello como el otoño cuando ha desaparecido ya el fuego ardoroso del estío, cuando los campos comienzan á revestirse de su melancólico follaje y cuando la ruina de una vida superabundante y demasiado activa deja aparecer en fin, esa paz admirable, que parece un principio de los bienes del cielo. Mas la tarde con toda su misteriosa poesía, y el otoño con sus frutos y su descanso, no son sino frías imágenes para pintarnos la calma.

sobrenatural que la hora de la muerte, ya cercana, derramaba en el corazón y sobre la frente de Señor San José.

San Juan Evangelista escuchó en medio de las revelaciones que componen el Apocalipsis, *una gran voz que venía del cielo, y que decía: Bienaventurados los que mueren en el Señor. . . ., porque sus obras les seguirán.* (1) Si nosotros repetimos con San Juan las palabras de la voz celestial: Bienaventurados todos los cristianos que *mueren en el Señor*, es decir, que están unidos á Él por la gracia, en ese momento terrible en el cual se deciden para siempre nuestros destinos: bienaventurados todos los fieles que aparecen en presencia de su juez con las manos llenas de méritos: bienaventurado el glorioso Patriarca Señor San José; puesto que los lazos mas estrechos de una gracia mas abundante, continuada sin interrupción desde la infancia hasta la vejez, le unían con Dios por una comunicación mas íntima; puesto que los méritos mas numerosos acumulados durante una larga y santa vida, le acompañaban en la patria celestial en donde los Angeles se apresuraban á in-

(1) Apoc., XIV.

troducirle según los sagrados mandatos del Eterno.

Y entretanto, ¿no vendría alguna amargura á mezclarse en el alma de José á la alegría suavísima que le causaba el verse libre de todos los males de esta vida? Cuando dejamos este destierro para entrar en las mansiones celestiales; sabemos que en esta nueva habitación vamos en fin á encontrar los objetos de nuestras largas esperanzas, á Jesucristo, el *Deseado de las colinas eternas*, (1) y á María, la *Alegría del cielo*. (2) Sabemos que vamos á contemplar á Aquel á quien la Escritura llama *hermoso entre los hijos de los hombres*; (3) á Aquella á quien los sagrados Cánticos proclaman *bella y toda hermosa*: (4) y esta feliz esperanza nos hace olvidar las hermosuras imperfectas que dejamos tras de nosotros en este mundo. José por el contrario, abandonaba al morir la presencia muy amada del Redentor y de su Madre: dejaba estos dos amables Huéspedes, cuya sonrisa y cuya mirada habían iluminado toda su vida:

(1) Gen., XLIX.

(2) Hymn. in Breviario Prædicatorum, die IX. Non., in festo Omnium Sanctorum Ordinis.

(3) Ps., XLIV.

(4) Cant., IV.

¿no debía sentir alguna pena en esta separación que le alejaba por un tiempo de este Hijo y de esta Esposa que por tan largo tiempo había amado tanto?

Mas José era una alma sumamente perfecta; y por consiguiente despojada de todo afecto egoísta y personal: José poseía por excelencia ese *ojo sencillo* de que Jesucristo nos habla en el Evangelio (1) ese *corazón sencillo*, que no se replega en sí mismo, y que camina siempre *hacia adelante*, siguiendo el impulso del Espíritu Santo, como los animales misteriosos del Profeta. (2) Dios le llamaba á poseer en el seno de Abrahan esa felicidad comenzada, que formaba para los antiguos Patriarcas la suave aurora de una recompensa mas perfecta: Dios manifestaba su deseo, y esto era bastante para José; lleno del Espíritu de Jesucristo que sin cesar *hacia lo que le agradaba á su Padre*, (3) el discípulo dócil obedecía sin resistencia, y aun sin dirigir hacia atras una sola mirada sobre esta casa bendita que Dios le mandaba abandonar.

Por otra parte, si eran necesarios para el

(1) Matth., VI; Luc., XI.

(2) Ezech., I y X.

(3) Joan., VIII.

santo anciano unos consuelos capaces de endulzar su tránsito, ¿no tenía á su lado á Jesucristo y á María, cuyas palabras penetrantes habrían encantado toda pena y calmado todo dolor? ¡Oh, quién podría decir la inexplicable suavidad con que su misericordia rodeó las últimas horas de José, este Padre tan fiel, y este Esposo tan tierno y tan virtuoso!

Sabemos que la Virgen Purísima, Aquella á quien llamamos tantas veces *nuestra Dulzura, nuestra Esperanza y nuestra Vida*, (1) derrama en los corazones cuando le place, el bálsamo de una paz toda celestial, que cicatriza toda la aspereza de nuestras heridas, y nos adormece en el dulce sueño de la gracia, en ese feliz *sueño* en que no obstante, el *corazón vela*. (2) Sabemos también que á *la hora de la muerte*, esta Madre muy amada desplega con mas gusto su poder; porque no en vano la Iglesia pone en nuestros labios á cada instante esta piadosa oración: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.* Mas ¿qué son todas las gracias concedidas á los fieles, aun á los mas justos y santos, en compara-

(1) Ant. Salve Regina.

(2) Cant., V.

ción de los favores inefables que María, como fiel Esposa debió derramar en el corazón de su Esposo en el momento de la muerte?

¿No tenía que recompensarle de todos los servicios que había recibido de él, durante esos treinta años tan santamente trascurridos? ¿No tenía que darle las gracias de ese afecto tan puro como el de los ángeles, con que el admirable José no había cesado de rodearla á toda hora? ¿No debía tener cuidado de indemnizarle todas las solicitudes que había causado en su alma la conducta de una Esposa semejante, tan preciosa á los ojos de Dios? A José es á quien María debía la vida de su cuerpo, porque durante muchos años, el pan que había comido á su lado, era uno de los frutos del trabajo de su Esposo. A José es á quien María *debía*, en cierto modo, lo que Ella estimaba mil veces mas que la vida; la gloria de ser Madre del Hijo de Dios; porque la presencia de José era como necesaria para velar el misterio de una *Virgen Madre*, y para ocultar á los ojos de los malos y de los impíos el secreto del Eterno. ¿Con qué gracias no debió pagar la Virgen liberalísima tantos y tan dulces servicios, en esos últimos momentos en que su Esposo iba á sustraerse á su gratitud y á ocultarse á sus beneficios?

No hay duda que esta fiel Esposa obtuvo á Señor San José de una manera mas abundante, la gracia que concede algunas veces á sus siervos privilegiados en el momento que abandonan este mundo. María, según la creencia piadosa de los fieles, murió toda consumida por las llamas de ese amor divino que la Santa Escritura llama *fuerte como la muerte*. (1) Devorada interiormente por esos ardores deseables, tuvo que sucumbir enteramente á sus violencias, tan luego como Dios retiró el auxilio milagroso que sostenía su cuerpo contra un incendio demasiado intenso para no destruir los resortes de la vida. Debemos creer que la ardiente Esposa del Espíritu Santo, que la *Madre de la hermosa dilección*, (2) obtuvo al Patriarca José esas llamas devoradoras, que consumieron en él toda la vida terrena, y le obligaron á morir lleno de Dios, en un último arranque, mas impetuoso, excitado por el deseo y por el amor. (3)

Y Jesucristo, el dulce Señor, ¿diremos que en ese momento supremo quiso dejar sin su

(1) Cant., VIII.

(2) Eccli., XXIV.

(3) María de Ágreda enseña que Señor San José murió consumido por los ardores de su amor.

justa recompensa todos los trabajos que su Padre muy amado se había tomado durante tanto tiempo en su compañía, desde su matrimonio con María? Aquel que venía para darnos el ejemplo de todas las virtudes, y por consiguiente, el ejemplo del amor filial mas generoso y mas tierno; Jesucristo, Hijo piadosísimo, ¿no habría querido colmar á su Padre de gracias muy singulares, en el momento mismo en que la muerte del Santo anciano iba á poner fin á todas las señales exteriores de ternura, por las cuales nuestro Señor aliviaba para con él el peso de su agradecimiento? ¡Ah! ciertamente que nuestro Salvador tan misericordioso aun cuando se trata de los malos, quiso conceder en este día á Señor San José algunos favores señalados. Y si Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, quiso así enriquecer los últimos momentos de su Padre, ¿quién pudo impedirle ejecutar sus buenos deseos, con ese poder que conviene al Señor de todas las cosas, y con esa bondad sin igual que se encuentra escrita en toda su vida en caracteres tan perfectos?

Sin duda ninguna, quiso recibir dulcemente en sus brazos, sobre su divino pecho, la cabeza del Santo Patriarca; porque ¿cómo habría podido rehusar á José un favor que de-

bía un poco mas tarde conceder á Juan el discípulo amado, cuando la última cena? Si José había sentido tantas veces cerca de su corazón la cabeza del Divino Niño que le confiara amorosamente la Purísima Virgen, ¿no era de *justicia* en cierto modo, que el Hijo, en la edad en que la juventud y la virilidad se confunden la una con la otra, apoyase sobre su seno la cabeza emblanquecida de su Padre próximo á espirar? Quizá en esta dichosa actitud, las miradas de Jesús y de José se encontraron penetrándose como dos rayos de luz: Jesucristo atemperó para José los fuegos insostenibles de esos ojos en los que brillaba como un reflejo del Verbo; y José antes de morir fué admitido á leer libremente en esa mirada del Hijo de Dios, mil secretos que no pueden referirse y que solo él ha conocido sobre la tierra. Entonces el Creador del universo levantó sobre el Patriarca espirante, esa mano victoriosa que ata y que desata aquí en el mundo y en el cielo; trazó en los aires la señal maravillosa de esa Cruz que muy pronto iba á salvar al mundo; y bajo la inefable bendición que recibió en ese momento supremo, José, absolutamente purificado de toda mancha, exhaló el último suspiro.

Digamos pues, con la Iglesia:

O nimis felix, nimis o beatus,
Cujus extremam vigiles ad horam
Christus et Virgo simul astiterunt,
Ore sereno!

Hinc stygis, victor, laqueo solutus
Carnis, ad sedes placido sopore
Migrat æternas, rutilisque cingit
Tempora sertis. (1)

«¡Oh qué dichoso y privilegiado el santo anciano, que vió velar á su lado á Jesucristo y á la Virgen en su hora postrera con la frente serena! Vencedor de la muerte, y libre de los lazos de la carne, se duerme en apacible sueño, llega á las mansiones eternas y adorna su frente con una brillante corona.»

Es indudable que en los últimos momentos de la santa vida de José, no tuvieron los demonios el poder de turbar la alegría de tan maravillosa fiesta. Dios no quiso que la impura presencia de estos espíritus tenebrosos manchase esta escena, ni que su impotente desesperación viniera á agitarse en torno de una muerte tan apacible. María la Reina de los Arcángeles, la grande enemiga de todas las operaciones infernales, arrojó muy lejos

(1) Hymn., *ad Laudes.*

esos espíritus de malicia. Jesucristo los retuvo con una palabra, y los aprisionó en las mansiones tenebrosas de los infiernos. Así es, que en la humilde casa de Nazaret, cuando José entregó el alma entre las manos de su Señor, todo fué piadoso, todo tranquilo; y la feliz habitación fué como un principio de la ciudad celestial en donde ya no habrá ni gemidos ni tristeza; y donde no penetrará nada impuro ni manchado.

Mas si los demonios fueron arrojados muy lejos de la casa de José, por el contrario, los santos ángeles descendieron allí en innumerables legiones. Con los ojos fijos en en esta escena que contemplaban con alegría, se unieron á Jesucristo y á María para inundar el alma del Patriarca espirante, de los mas suaves consuelos. Formaron en torno de él como unos círculos luminosos que subían siempre ensanchándose, en los espacios; y tomando sus arpas de oro hicieron escuchar al amado moribundo los acordes de una melodía que la tierra no puede comprender. Unieron sus voces celestiales á estas divinas armonías, murmurando en voz baja esas palabras misteriosas que forman parte de los himnos y de los conciertos de la Patria, y que conoceremos un día si perseveramos hasta el fin.

Luego que el alma de José dejó su cuerpo con la bendición del Señor, estos celestes espíritus recibieron en sus brazos con santo respeto, esta grande alma: disponiéndose á su alrededor con orden admirable, multiplicando los cantos de triunfo y las glorificaciones del Dios Altísimo. En seguida, como ejecutores fieles de las voluntades divinas, la condujeron con grande júbilo al seno de Abrahan, en donde José debía permanecer un poco de tiempo con los Patriarcas de la Antigua Alianza para manifestarles los grandes misterios que no conocían aun enteramente, y enseñarles á juntar en sus sagrados cánticos, los nombres tan dulces de Jesús y de María á los nombres sagrados de Elohim, de Adonai y de Jehová.

¡Oh José! á vos es á quien dirigimos ahora nuestra plegaria! Por los méritos de vuestra dichosa muerte, os suplicamos que os dignéis asistirnos y protejernos con vuestro poder en el momento en que tengamos que salir de esta vida. Dignaos obtenernos una muerte semejante á la vuestra; que esté, como la vuestra, exenta de toda desgracia, y llena de esas bendiciones divinas que nos son necesarias para fortificar nuestra debilidad y asegurarnos la entrada del cielo!

Concedednos, en ese instante supremo que decidirá para siempre de nuestra suerte, concedednos ese perfecto desprendimiento de corazón, que os permitió dejar sin resistencia á la voluntad divina, á los seres que amábais tan tiernamente, vuestra Esposa y vuestro Hijo. Ahora estamos llenos aun de aficiones peligrosas, que nos atan de mil diversas maneras con nuestras posesiones terrenas, con nuestros amigos, con nuestros parientes y con nosotros mismos. Preparadnos pues, desde ahora por las disposiciones mas generosas y mas santas, á fin de que á la hora de la muerte, cuando oigamos el llamamiento divino, podamos obedecer al mandato del Señor sin amargura y sin tristeza; y podamos sin obstáculo, volar hacia adelante bajo el soplo del Espíritu Santo, como un bajel cuyas áncoras están levantadas y que boga en libertad hacia la alta mar!

Dadnos también algo de esas llamas celestiales que María hizo descender á vuestro corazón. Que nuestra alma no muera con la muerte *de los esclavos*, que limitan toda su virtud á someterse á la necesidad que les oprime, sino mas bien muramos con la muerte de los *justos* perfectos y sin faltas, en quienes la Ley de *amor* ha arrojado de la Ley de

temor. Que muramos abrasados del deseo de los bienes celestiales, y sedientos de esas aguas divinas cuya santa abundancia inunda las almas de los bienaventurados en la Patria. Que muramos llenos del deseo de encontrarnos en fin reunidos con Dios, con Jesucristo y con María; y si es posible, que exhalemos nuestro espíritu como Vos ¡oh José! en el éxtasis de un santo amor.

Arrojad también lejos de nosotros á los demonios, esos enemigos encarnizados, que no tuvieron permiso de acercarse á vuestro lecho. Sabemos que en esa última hora son mas terribles sus tentaciones, y que la debilidad de las últimas enfermedades sucumbe mas de una vez, ya á sus ataques manifiestos ó ya á sus malditas astucias. Puesto que Vos habeis recibido de lo alto un gran poder sobre estos espíritus de malicia; y que vuestro nombre, pronunciado con amor, basta solo muchas veces para desconcertar su furia, (1) venid á nuestro socorro, ¡oh glorioso Patriarca! y hacced que nos durmamos en el Señor sin ver envenenada nuestra última hora por la horrible

(1) El P. Surin confiesa haber reconocido muchas veces, en los exorcismos, el gran poder que ejerce el Señor San José sobre los demonios. (*Historia de la posesión de las Ursulinas de Loudren*).

presencia y por las impuras tentaciones de esos enemigos de la salvación.

En lugar de esos monstruos malditos que arrojará lejos de vos vuestra gloriosa intercesión, hacced descender los espíritus de luz, cuyos cantos piadosos, resonaron en vuestros oídos encantados cuando fué llegada por vos la hora de abandonar esta tierra. Como Padre del Rey de los reyes, y como Esposo de la augusta Reina de los Angeles, teneis gran poder sobre todas las celestiales legiones que sirven para conducir y salvar á los fieles. Haced uso en nuestro favor, os lo suplicamos, de esas prerrogativas que María y Jesucristo os confieren; y que los mensajeros divinos se dignen reunirse á nuestro lado en la última hora, para asegurarnos en nuestros terrores, ilustrarnos en nuestras incertidumbres, alentarnos en nuestras tibiezas, y allanarnos el camino que conduce á las mansiones eternas.

Sobre todo, dignaos obtener para nosotros que la *Madre de las misericordias*, la divina María, esté presente cerca de nuestro lecho de muerte, para cumplir los santos oficios de que vos mismo le fuisteis deudor en ese instante supremo. Es cierto que los ángeles pueden ayudarnos por el socorro de su presencia, pero á la Soberana de los ángeles es á quien

pertenece asegurarnos la victoria, é introducimos en el cielo del cual es la *puerta feliz*. (1) Que vele pues, cerca de nosotros, como en otro tiempo velaba cerca de vos, llena de esa caridad misericordiosa que conviene á la *Virgen clementisima*; y que cuando pronuncie nuestra boca por la última vez su nombre bendito, esté allí para acoger nuestra súplica y para apoyar la petición que dirigiremos entonces á la Divina Majestad.

Finalmente, que el mismo Jesucristo se digne venir á nuestro lado en ese momento supremo, no con la austera severidad de un juez, pronto á condenar á los culpables, sino con la dulce bondad que manifestaba para con vos en la casa de Nazaret. Que se digne usar en nuestro favor de ese inmenso poder que ha recibido de Dios su Padre; *porque el Padre no juzga á nadie, sino que ha dejado todo su juicio entre sus manos*. (2) Que se digne, por los méritos de su vida, de su pasión y de su muerte, perdonarnos nuestras infidelidades, nuestras tibiezas, y nuestros pecados, é introducirnos cerca de vos, ¡oh José! en la ciu-

(1) Ave maris Stella, *Felix Caeli Porta* (Hymn. in Off. B. V. M.)

(2) Joan., V.

dad celestial, en donde nos uniremos á vos, á María, á los santos ángeles, y á toda criatura, para bendecirle, cantarle y glorificarle para siempre.

Os pedimos todas estas gracias, ¡oh José! porque entre todas las muertes de los hijos de los hombres, la vuestra fué la mas feliz y la mas hermosa después de la de María vuestra Esposa Inmaculada. Y tenemos confianza en que escuchareis enteramente nuestras súplicas y hareis resplandecer vuestro poder para con nosotros que desde ahora os escogemos por defensor, protector y patrón de nuestra muerte.

Así sea.

CAPITULO XI.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de la devoción á María.

JESUCRISTO, la Sabiduría Eterna, al descender á nuestra tierra cubierta de pecados, se ha edificado, en la Persona Inmaculada de María, una casa, capaz de recibir dignamente á su purísima y augustísima Majestad. (1)

Si consideramos la incomparable perfec-

(1) Sapientia ædificavit sibi domum. (Prov., XI.)